

VI. PROFECÍA Y APOCALÍPTICA ANTIROMANAS EN EL IMPERIO

¿Milenarismo pagano?

Ha sido R. Syme¹ el único autor que ha creído reconocer, a mi modo de ver acertadamente, la existencia de ideas milenaristas paganas en la Roma de los últimos años del reinado de Trajano. Desde finales de la República circulaba ya una profecía, o mejor, una interpretación augural, según la cual los doce buitres vistos por Rómulo durante la fundación de Roma eran anuncio de los doce siglos que duraría la Ciudad. Veamos el texto de Censorino:

«En cuanto al número de siglos que se cuentan para la ciudad de Roma, no me corresponde a mí decirlo pero no callaré lo que he leído en Varrón que narra en el libro XVIII de sus *Antigüedades humanas* que hubo en Roma un cierto *Vettius*, personaje célebre por su ciencia augural (*in augurio non ignobilem*), de gran inteligencia (*ingenio magno*) y que igualaba a los más grandes adivinos (*cui vis doctiori in discrepando parem*). Varrón le oyó decir que si lo que narraban los historiadores sobre los augurios tomados por Rómulo y los doce buitres en el momento de la fundación era verdad, siendo que el pueblo romano había pasado sin daño ciento veinte años, esperará mil doscientos.» (Censor., *de die natali* 17, 15).

¹ R. Syme, *Tacitus*, Oxford, 1963, vol. II, pp: 772-774.

La autoridad de Vetio estaba fuera de toda duda². La idea de asignar una duración determinada —doce siglos— al pueblo romano parece de origen etrusco y no es difícil que, pese a su condición de augur, Vetio estuviese influido por las ideas fatalistas de la *Disciplina Etrusca*.

La discusión radicaba, pues, en la auténtica fecha de la fundación de la Urbe pues la del 753 no era, desde luego, la única establecida por los antiguos. Existía una vieja tradición, fuertemente consolidada, que sostenía que la Urbe había sido fundada un siglo (o, lo que es lo mismo, tres generaciones) después de la caída de Troya y que Rómulo era nieto de Eneas. En época augústea el griego Dionisio de Halicarnaso se hace eco de ella en I, 72 añadiendo que en su tiempo existía aún mucha discusión tanto sobre el año de la fundación como sobre los fundadores³. Siendo fijada la caída de Troya por las *Cronografías* de Eratóstenes en el año 1184 a.C. y un siglo después la fundación de Roma, los doce siglos de existencia de Roma y su imperio se cumplirían hacia el 116 o 117 d.C.

De nuevo hay que pensar que las catástrofes que padece el Imperio en los últimos años del reinado de Trajano, así como, especialmente, el terremoto del 115 y la campaña parva o la muerte misma del emperador (agosto, 117) pudieron haber reforzado la creencia en el fin de la existencia de Roma y, lo que es aún peor, haber excitado el ánimo —en palabras de Syme— de los enemigos de Roma, los judíos y quizá los cristianos⁴.

La aparición del Fenix en las monedas del primer año de Adriano, acompañado de la leyenda DIVUS TRAIANVS, es con razón interpretada por Syme⁵ como un intento propagandístico de proclamar la superación de una crisis y la renovación de la *aeternitas* de Roma.

Hoy puede costar admitir que existieran expertos dedicados a este tipo de cálculos apocalípticos. Sin embargo, basta leer a Tácito para convencernos de lo contrario. Este historiador recuerda en sus *Anales* (parte de ellos publicados, por cierto, en el 116) que hubo quienes advirtieron que el incendio de Roma del año 64 d.C. se produjo el mismo día que los galos senones incendiaron la Ciudad tras conquistarla en el 390 a.C., es decir, un 19 de julio, y añade: «Otros llegaron tan lejos en el cálculo que

² S. Montero, *Diccionario de adivinos, magos y astrólogos*, Madrid, 1997, p. 313.

³ J. Martínez-Pinna, «Aspectos de cronología romana arcaica. A propósito de la lista real», *Latomus* 48, 4, 1989 con la bibliografía al respecto.

⁴ R. Syme, *op.cit.* (n.1), vol.II, 774.

⁵ R. Syme, *op.cit.* (n.1), pp: 471-472; 774. H. Mattingly, *British Museum Catalogue* III, London, 1936, p. CXXVII.

afirman que entre un incendio y otro habían pasado tantos años como meses y como días» (*Ann.XV*, 41, 2). En efecto, los 454 años transcurridos entre ambos sucesos se distribuirían en 418 años, 418 meses y 418 días.

Apocalíptica judía

La llegada de Trajano al trono no pudo ser bien acogida por los judíos entre quienes el amargo recuerdo de la figura de su padre, M. Ulpio Trajano, aún no se había borrado. Éste había participado en el 67/68 d.C. como legado de la *legio X Fretensis* en la guerra judaica, destacando en la toma de la ciudad de Jafa⁶. Una de las pocas veces en que Josefo se expresa con dureza contra los romanos es precisamente al narrar la sangrienta conquista de dicha ciudad por Trajano padre:

«Dios era el que ofrecía a los romanos el sufrimiento de los galileos, él era el que entonces también entregaba a unos enemigos sanguinarios la totalidad de los habitantes de la ciudad, que habían sido dejados fuera y enviados a la muerte por las manos de sus conciudadanos» (*Bell. Iud.* III, 293)

La tradición judía recordó siempre con hostilidad la figura del emperador Trajano. El *Talmud de Jerusalén* (Soukka V, 1, 55b) cita al «perverso *Trogionos* (Trajano)», después de Nabucodonosor y Tito, como instrumento de la justicia divina para castigar al pueblo elegido.

Pero no fue, evidentemente, el odio a Trajano, la causa del levantamiento generalizado de los judíos en Mesopotamia, Alto Egipto y Alejandría, Cirene, Chipre y Palestina. Basta con observar que dicha insurrección se produjo en los dos últimos años de su gobierno. La cronología de la revuelta ha suscitado una gran controversia entre los estudiosos pero el último trabajo sobre el tema, el de T. D. Barnes⁷, ofrece argumentos suficientes para rechazar definitivamente la fecha del año 115 como inicio de la sublevación. El profesor de Toronto llega a las siguientes conclusiones: a) la revuelta se inicia en Mesopotamia en el año 116

⁶ Sobre la actuación de Trajano padre en Oriente: R. Hanslick, *RE Suppl. Bd X* (1965), coll. 1032-1035; M. Durry, «Sur Trajan père», en *Les Empereurs Romains d'Espagne*, Paris, 1965, 48-54.

⁷ T.D. Barnes, «Trajan and the Jews», *JJS* 40, 1989, p. 117.

(Euseb., *Chron.* 219; Jeron., *Chron.* 196) en tres ciudades, Nisibis, Edessa y Seleucia con importante población judía; b) la revuelta se inicia en el Alto Egipto no antes de fines de mayo del 116 y duraría del verano de este año al verano del 117; c) no existen fuentes que nos permitan conocer el inicio de la revuelta en Cirene; d) Dión 68, 32, 2-3 y las evidencias arqueológicas apuntan a los años 116/117 como fecha de la revuelta en Chipre; e) *Lusius Quietus* llega a Palestina para sofocar la revuelta no antes del invierno del 116 o incluso de la primavera del 117.

No menos importantes son las causas de la revuelta. Mommsen pensó en la restauración del Estado judío como causa de la rebelión⁸. Otros autores creen que la revuelta fue instigada por el rey de Adiabene⁹ o por el propio rey parto¹⁰. Más recientemente, T.D. Barnes cree que no se trata de un movimiento desesperado: las revueltas de Mesopotamia, Egipto, Cirene, Chipre y Palestina contra Roma se producen en su opinión porque los judíos temían que la conquista de las comunidades judías de Mesopotamia supusiera una amenaza del «Jewish way of life»¹¹. Pero L. García Iglesias ofrece un argumento de mayor peso que el de Barnes: la economía judaica en los márgenes del imperio se sustentaba en un difícil equilibrio entre el libre comercio y el régimen impositivo; los temores judíos se fundamentaban en el cambio de la leve fiscalidad del reino parto por el severo régimen tributario que imponía Roma¹².

Las revueltas de los judíos a partir del año 116 fueron, pues, algo más que una expresión de las hostiles relaciones entre el emperador y esta comunidad. Desde hacía tiempo los rumores de un inminente reino mesiánico eran generalizados entre los judíos. En las provincias orientales se venía observando ya una cierta efervescencia mística y espiritual no exenta de formas proféticas u oraculares.

Hoy pocos dudan del carácter mesiánico de la revuelta del 116-117¹³. Incluso admitiendo que el descontento económico de las comunidades

⁸ Th. Mommsen, *Römische Geschichte* V, Berlin, 1904, p. 543: «die Begründung eines jüdischen Sonderstaates».

⁹ F. Heichelheim, *JEA* 32, 1946, p. 106.

¹⁰ J. Neusner, «The Jews East of the Euphrates and the Roman Empire I. 1st-3rd Centuries A.D.», en *ANRW* II, 9.1 (1976) p. 58.

¹¹ T.D. Barnes, *op.cit.* (n.7), p. 162.

¹² L. García Iglesias, «Las revueltas judías en tiempos de Trajano», en J. González (ed.), *IMP. CAES. NERVA TRAIANVS AVG*, Sevilla, 1993, p. 141.

¹³ V. Tcherikover, *Corpus Papyrorum Judaicarum* I, (1957), 90-91 señaló, refiriéndose a las causas, que «the only reason was the Messianic character of the whole movement».

judías de Mesopotamia y el temor a la conquista romana fueran las causas de la sublevación, nada impide que ésta hubiera asumido un carácter mesiánico. En realidad, la liberación por el Mesías se esperaba desde la destrucción del templo de Jerusalén en el 70. El aspecto mesiánico del movimiento es resultado, pues, de una espera que se inicia tras la caída del Templo. El fin de los tiempos se sabía que estaba cerca, dado que la destrucción del Templo era un signo precursor que anunciaba el final de la dominación romana y la restauración de un reino judío. Los refugiados zelotas de Alejandría y Cirene, fueron quizá quienes más activamente propagaron tales ideas entre la comunidad judía y quienes más firmemente lucharon en la revuelta ¹⁴.

Dicha liberación tenía para los judíos una doble vertiente. Una propiamente espiritual, de tipo escatológico y universal, que contemplaba la redención moral de toda la Humanidad; otra más política y nacional: la liberación de Israel de la opresión del gobierno romano. En época de Trajano prevalece ya éste último significado.

Convendría en este punto recordar el contenido de dos obras judías de carácter apocalíptico escritas durante el reinado de Trajano. La primera de ellas es el *Apocalipsis* siríaco de Baruch, datado desde los trabajos de L. Gry —aunque no de forma unánime— en el 116 ¹⁵. Uno de los argumentos sobre los que descansa dicha cronología son los capítulos XXVII y XXVIII en los que se enumeran doce tiempos o secciones concebidas, inicialmente, para que terminaran en el año 67 (comienzo de las hostilidades con los romanos) pero que fueron reutilizadas y prolongadas hasta su época por el autor del 116 (éste añade una «semana de años» a partir del 67 lo que conduce a $67+7 \times 7=116$ d.C.). Examinemos el pasaje en el que el profeta Baruch, tras preguntar a Dios cuándo llegará esa próxima tribulación y cuánto tiempo durará, escucha la siguiente respuesta:

«Él me respondió en estos términos: «El tiempo ha sido dividido en doce partes y cada una está reservada para lo que se la ha prescrito:
durante la primera parte, el comienzo de los desórdenes;
durante la segunda, la muerte de los grandes;

¹⁴ J. Mélèze Modrzejewski, *Les Juifs d' Egypte de Ramsès II à Hadrien*, Paris, 1977, 282.

¹⁵ Cfr. L. Gry, «La date de la fin des temps selon les révélations ou les calculs de Pseudo-Philon et de Baruch (Apocalypse syriaque)», *RB* 48, 1939, 336-356. Para Baruch cfr. especialmente las pp. 345-356.

durante la tercera, la caída de un gran número en la muerte;
 durante la cuarta, el manejo de la espada;
 durante la quinta, hambre y sequía;
 durante la sexta, movimientos sediciosos y terrores;
 [...]
 durante la octava, multitud de fantasmas e invasión de demonios;
 durante la novena, la caída de fuego;
 durante la décima, robo y opresión de todas clases;
 durante la undécima, la iniquidad y la pasión
 y durante la duodécima parte (se asistirá a) mezcla confusa y
 simultánea de todas las (calamidades) que han sido anunciadas.

Las partes de este tiempo han sido puestas aparte para ser mezcladas las unas con las otras y para prestarse ayuda.

Pues algunos traspasarán su dominio y tomarán prestado el de otros; algunos trabajarán sus propiedades y también las de otros a fin de que aquellos que están sobre la tierra no comprendan que en estos días el fin de los tiempos ha llegado. (Bar. XXVII, 1-15)

Los acontecimientos, o mejor, los signos que se producen a partir del año 31 a.C. (batalla de Actium), son interpretados por L. Gry de la siguiente forma: gobierno de Herodes el Grande, muerte de Miriamma (29 a.C.), ejecución de Alejandro y Aristóbulo (7 a.C.), desastre de Varo (9 d.C.), hambruna bajo Claudio, luchas intestinas, toma de Jerusalén, fantasmas y demonios (prácticas idolátricas), erupción del Vesubio (79 d.C.). Lo que importa aquí es que la última «semana de años», la duodécima, en la que vive el autor del apocalipsis, es anunciada como una suma de todos los males anteriores y como aquella en la que llegará el fin de los tiempos.

Durante el reinado de Trajano, no faltaron, como hemos visto, signos —los *prodigia* de los paganos— en los que se creía reconocer un anuncio de la llegada del Mesías. Por otra parte, la situación política de los judíos previa a la revuelta del 116, bien se ajusta a los términos de *opresio multa* y de *iniquitas* del libro de Baruch.

El Mesías —que en el apocalipsis siríaco de Baruch, a diferencia de Dios, desempeña funciones esencialmente políticas— está a punto de llegar para arrasar, ante todo, el reino de Roma, el cuarto de los Imperios Universales, cuya tiranía había sido anunciada como más dura y más funesta que la de los anteriores (*peior et durior quam illorum, quae ante ipsum fuerunt*) (XXXIX, 5). Como castigo por la opresión del pueblo de

Israel, se nos anuncia cuál será la primera actuación del Mesías: «el último jefe del reino de Roma», acusado por el Mesías de impiedad, será atado y conducido hasta el monte Sión donde finalmente será ejecutado (Bar. XXXIX, 5-7; XL, 1-2). Difícilmente podemos identificar a este *dux* —como así se ha propuesto— con el gobernador de la provincia de Judea; la alusión al emperador romano —es decir, a Trajano— es clara a mi juicio.

También en tiempos de Trajano, el libro IV de Esdras insiste en el tema de un fin próximo de la era presente que tendrá lugar una vez que el Mesías extermine el Imperio Romano. Sintentizando el contenido escatológico de la obra, ésta distingue, básicamente, dos mundos: «éste» y «el que vendrá» (8, 1: *hoc saeculum fecit altissimus propter multos, futurum autem propter paucos*). En éste (7, 28-29) se sucederán tres periodos: el primero estará marcado por la llegada —en cualquier momento— del Mesías (que vendrá y morirá: *Et erit post annos hos et morietur filius meus Christus et omnes qui spiramentum habent hominis*, se dice en 7, 29); el segundo, tras la muerte del Mesías, conocerá un retorno «de siete días» al silencio primitivo (7, 30); en el tercero y último se celebrará el día del juicio (7, 38) que durará «una semana de años» (7, 43). Dios resucitará a todos los hombres para juzgarlos: los injustos (sin duda también los paganos) serán arrojados al «abismo del tormento» y al «horno del infierno», mientras los justos permanecerán en un «lugar de descanso» y en el «paraíso del deleite» (7, 88-99). Después de este tercer periodo el mundo llegará a su fin (7, 50; 7, 113-114) comenzando así una nueva época inmortal, un estado de existencia bendita pero sólo para un número de gentes extremadamente reducido: «sólo para muy pocos de la innumerable multitud» (7, 140). En 7, 138 especifica que no serán más de diez mil. Como bien advierte J. H. Charlesworth¹⁶ el tono de estos versos no sólo es pesimista sino también exhortatorio, pues urge a los lectores a estar entre los justos.

Roma, identificada con el cuarto reino de Daniel (Dan. 2, 31-40; 7-2-27) (IV Esdras 4, 10-12)¹⁷, es presentada como un águila a la que un león (el Mesías) dirige acusaciones de *iniustitia* con tanta contundencia que, con solo enunciarlas, destruye la fuerza vital del águila, que muere al instante (IV Esdras XII, 1-3) *...iudicaste terram non cum veritate. Tribulasti*

¹⁶ J. H. Charlesworth, «The Concept of the Messiah in the Pseudoepigrapha», en *ANRW II*, 19, 1 (1979), p. 204.

¹⁷ A. Díez Macho, *Apócrifos del Antiguo Testamento I: Introducción general*, Madrid, 1984, pp: 250, 183-287.

*enim mansuetos et laesisti quiescentes... et ascendit contumelia tua ad altissimum... et respexit altissimus super sua tempora, et ecce finita sunt; et saecula eius completa sunt.*¹⁸

Ya se ha dicho que los fenómenos extraordinarios que se habían producido a lo largo del reinado de Trajano debieron ser interpretados por los judíos de la diáspora como signos del advenimiento del Mesías. Pero M. Pucci ha señalado con mucho acierto que al menos dos sucesos creyeron ser reconocidos por los judíos como signos inequívocos de esa llegada: la guerra de Roma contra los partos y el terremoto de Antioquía. La primera pudo ser identificada por los hebreos con la *populorum turbatio* de la que habla IV Esdras 9, 2. Respecto al segundo signo conviene conocer un pasaje de Baruc que —traduciendo de la versión latina— dice:

«Y si alguno escapase a la guerra perecerá en un terremoto; y si alguno ha escapado al terremoto quemará en el fuego; y si alguno ha escapado al fuego perecerá por el hambre. En cuanto a aquellos que saldrán finalmente sanos y salvos de todos los males predichos, vencedores y vencidos, serán entregados a las manos de mi servidor el Mesías» (...*et erit, quicumque evaserit a bello, in terrae motu morietur et, qui evaserit a terrae motu, igne comburetur, et qui evaserit ex igne, fame deficiet. Et erit, quicumque avaserit et effugerit ab omnibus istis praedictis... tradetur in manus servi mei Messiae*) (Bar. LXX, 8)

Me parece una hipótesis verosímil reconocer en el texto de Baruch una alusión a Trajano, salvado de la guerra parta y, según Dión Casio, también del terremoto de Antioquia, signos ambos, a su vez, de la próxima llegada del Mesías. Para Violet el terremoto citado en el texto no es una «orchestration littéraire» sino una alusión al terremoto de Antioquía del 115¹⁹.

También E.M. Smallwood cree que «the earthquake in which Trajan nearly lost his life in December 115 in Antioch may have been taken as a sign of divine displeasure and encouraged a revolt against Rome»²⁰. A

¹⁸ Cfr. también 11, 37-46. M. Stone, «The Concept of the Messiah in IV Ezra», en *Religions in Antiquity. Essays in Memory of E. R. Goodenough*, Leiden, 1968, p. 301.

¹⁹ P. Violet, *Die Apokalypsen des Esra und Baruch mit Textvorschlägen*, Leipzig, 1924, p. XCH.

²⁰ E. M. Smallwood, *The Jews under Roman Rule*, Leiden, 1976, p. 396.

mi modo de ver un cristiano, Orosio, establece esta misma relación directa entre el terremoto de Antioquía y los levantamientos judíos de Cirenaica y Egipto:

«Sacudieron después [del terremoto] todo Egipto, Cirene, la Tebaida con sanguinarias sediciones» (*Aegyptum vero totam et Cyrenen et Thebaidam cruentis seditioibus turbaverunt*) (VII, 12, 7).

Estos apócrifos, los apocalipsis de Baruc y Esdras, casi contemporáneos, son testimonio de la esperanza que muchos judíos de época de Trajano habían puesto en la llegada de un Mesías y la creencia en el próximo fin de la Humanidad.

Idéntica conclusión se desprende también de otras obras redactadas en aquellos mismos años, como el *Apocalipsis de Abraham*, escrito por un judío piadoso próximo a los esenios durante los primeros años del reinado de Trajano, según la cronología recientemente establecida por Collins²¹.

Dios muestra a Abraham, en una de sus revelaciones, dos categorías de gentes: las situadas a la izquierda representan a los paganos; a la derecha, están los descendientes del propio Abraham (caps. XXI-XXII). Después le anuncia la futura destrucción del Templo, castigo por los pecados de Israel y especialmente por el pecado de idolatría (XXVII-XXVIII). La destrucción del mundo está fijada en doce horas (XXIX, 1). En la última hora Dios castigará a los pueblos mediante diez plagas (XXIX, 15; XXX, 4-8). Después enviará a su Mesías y por mediación suya liberará a su pueblo. Los impíos serán condenados y los justos triunfarán (XXXI-XXXII).

De este texto apocalíptico nos interesa subrayar la idea de que el fin del mundo es inminente; el tiempo está próximo, dice Dios a Abraham (XXIV, 17) y «la hora del mundo no dura más que doce horas» (XXIX, 2). Después vendrá el juicio final (XXIV, 14) que procederá a la redención de los justos y al castigo de los impíos. Dios anuncia diez plagas que van a alcanzar a todas las criaturas de la tierra (XXIX, 15-XXX, 4-8), tras las cuales tocará la trompeta y enviará a su Elegido (XXXI, 1.). Al final

²¹ John J. Collins, «From Prophecy to Apocalypticism: The Expectation of the End», en John J. Collins (ed.), *The Encyclopedia of Apocalypticism. Volume I. The Origins of Apocalypticism in Judaism and Christianity*, New York, 1998, p. 77: «that it dates from some point at the end of the first or beginning of the second century C.E.». Sobre el contenido de la obra, cfr.: R. Rubinkiewicz, «La vision de l'histoire dans l'Apocalypse d'Abraham», en *ANRW* II, 19.1 (1979), 137-151 con bibliografía.

de los días, Dios, por medio de su Mesías, quemará con fuego a todos aquellos que «insulten al pueblo elegido» y que «dominen sobre él en este mundo» (XXXI, 2). La referencia al ejército y la administración romanas no puede ser más clara.

Podemos hacernos una idea del tipo de inspiración de los profetas judíos de esos años a través del *Liber Antiquitatum Biblicarum* (L.A.B.), escrito en hebreo y falsamente atribuido a Filón²²; se trata, en realidad, de un *midrash* compuesto, según D. E. Aune²³, en el año 100, es decir, a comienzos del reinado de Trajano. Dicho texto nos presenta a Cenaz (una figura que no se corresponde con ningún personaje bíblico) quien, tras lamentarse de la posible destrucción de Israel, comienza a profetizar, diciendo (*prophettare dicens*):

«Ahora veo (*nunc video*) lo que no esperaba y percibo (*considero*) lo que no sabía. Escuchad ahora, vosotros que habitáis sobre la tierra, como también aquellos que vivían profetizando antes que yo, cuando veo esta hora todavía antes de que la tierra fuese corrupta, porque vosotros conocísteis las profecías predestinadas, vosotros todos que vivís en ella. Ahora yo veo llamas que no queman y oigo (*audio*) fuentes de agua...» Y sucedió que Cenaz, después de haber dicho estas palabras, se despertó y sus sentidos volvieron a él: pero él no sabía qué había sucedido ni qué había visto». (L.A.B. 28, 5)

La profecía consiste, esencialmente, en una visión narrada en el mismo instante en que tiene lugar. Dicha visión se refiere a la creación del mundo, que había tenido lugar mucho tiempo antes; su finalidad es revelar que la humanidad vivirá todavía mucho —quizá en contra de lo que sectas milenaristas judías anunciaban entonces— porque la «voz» (Dios) había anunciado para ella un periodo de 7000 años. Interesante la descripción del fin del estado de inspiración de Cenaz que no podía recordar cuanto había dicho o visto. Se trata, pues, de un trance casi idéntico al que contemporáneamente experimenta Apolonio de Tiana cuando «ve» la muerte del emperador Domiciano.

²² Traducción inglesa en M.R. James, *The Biblical Antiquities of Philo*, London, 1917, 165-167. El texto latino ha sido editado por G. Kisch, *Pseudo-Philo's Liber Antiquitatum Biblicarum*, Notre Dame, 1949.

²³ D. E. Aune, *Prophecy in Early Christianity and the Ancient Mediterranean World*, Michigan, 1983, 177.

La tradición judía hostil a Trajano se acentúa en los llamados *Libros Sibilinos*. Judíos y, después, cristianos, adoptaron de la religión pagana la forma y el estilo de estos libros sagrados pero con fines propagandísticos para sus respectivas religiones. Evocando los libros sagrados paganos «venían —como dice A. Díez Macho— a confirmar el monoteísmo, denunciaban la corrupción de costumbres y amenazaban calamidades contra los pueblos opresores del judaísmo y del cristianismo»²⁴.

Los Libros Sibilinos paganos estaban vivos en época de Trajano. *El Pastor* de Hermas, cuya *II Visión* fue escrita precisamente bajo el reinado de este emperador, nos dice:

«Cuando dormía, hermanos, recibí una revelación de un joven hermosísimo que me decía: «Quién crees que es la anciana de la que recibiste el libro?». Respondo: «La Sibila». «Estás equivocado —dice—; no es». Pregunto: «¿Quién es?». Responde: «La Iglesia» (*Vis. II, 4, 1*).

Curiosa paradoja. Mientras, como hemos visto, Trajano se resistía — hasta donde sabemos— a consultar los Libros Sibilinos pese a su condición de decénviro (y custodio, por tanto, de la colección sagrada), judíos y cristianos revivían la imagen de la Sibila y ponían en circulación falsos oráculos atribuidos a ella.

Los *Oráculos Sibilinos* florecieron en la diáspora judía. La redacción del libro V, sin duda en Egipto, fue iniciada en los primeros años del reinado de Trajano, mientras su final se fecha ya bajo Adriano. Se ha dicho que es considerablemente más pesimista y hostil hacia los gentiles que el libro III, así como que «probably reflects the atmosphere of the great Diaspora revolt of 115-117 C.E.»²⁵. Su autor abandona el estilo de la Sibila que predice el futuro para asumir su identidad de escritor apocalíptico. Como en otros libros anteriores existen en él referencias a una esperanza mesiánica, a la liberación de Judea de los enemigos y a la renovación del mundo (*Or.Sib. V, XXIII-XXXVII*).

En opinión de J.J. Collins, el gran estudioso de la apocalíptica, dicho libro «rages against Rome for its insolence in destroying the Temple»²⁶. Como muestra de ese odio a Roma, citaremos el siguiente oráculo:

²⁴ A. Díez Macho, *op.cit.* (n.17), p. 221.

²⁵ J.J. Collins, *op. cit.* (n.21), p. 149.

²⁶ J.J. Collins, *op. cit.* (n. 21), p. 156. Importantes también las consideraciones de M. Simon, «Sur quelques aspects des Oracles Sibyllins juifs», en *Apocalypticism in the Mediterranean World and the Near East*, Tübingen, 1983, 219-223 (pp. 226 ss. para la V Sibila).

«Entre los malvados mortales tendrás que soportar desdichas, mas permanecerás abandonada por todos los tiempos de la posteridad, llena de odio contra tu terruño, porque te aficionaste a la brujería. En ti se dan adulterios y la unión ilícita con los jóvenes, ciudad afeminada, injusta, maldita, desdichada entre todas. ¡Ay de ti, ciudad de todo impura de la región del Lacio! Ménade que con víboras te gozas, así te asentarás viuda a la orilla donde el río Tíber te llorará como a su esposa, tú que tienes el corazón de sangre criminal manchado y al ánimo impío...» (*Or.Sib.* V, 162-178)

También son interesantes, en relación con los citados enfrentamientos entre egipcios y griegos, las maldiciones del autor judío contra Isis y Serapis (con su Serapeion), el fin de cuyo reino se anuncia:

«Isis, diosa tres veces desdichada, te quedarás sobre las corrientes del Nilo sola, ménade muda sobre las orillas del Aqueronte y ya no perdurará recuerdo tuyo en parte alguna de la tierra. También tú, Serapis, levantada sobre numerosas piedras brillantes, conocerás tu triple caída en Egipto, perra tres veces desdichada, y cuantos egipcios padecieron tu nostalgia, todos te llorarán con dolor cuando hagan un sitio en su corazón al Dios imperecedero; reconocerán tu nada cuantos elevaron a Dios sus himnos» (*Or.Sib.* V, 484-491).

Un interesante oráculo alude a una estrella destructora sin que se le haya dado hasta la fecha una interpretación satisfactoria. Parece tratarse, en cualquier caso, de una profecía apocalíptica contra Roma, como así lo interpretó Lactancio (*Inst. Div.* VII, 15, 18):

«Mas cuando a partir del cuarto año, brille una gran estrella, que, sola, toda la tierra arrasará por causa de la honra, que al principio concedieron al soberano Poseidón, llegará desde el cielo una estrella grande hasta el mar divino e incendiará el ponto profundo, la propia Babilonia y la tierra de Italia, por la que perecieron numerosos santos y fieles hebreos y el pueblo verdadero» (*Or. Sib.* V, 155-161).

La literatura sibilina judía dejó, en general, numerosas muestras de su hostilidad hacia la figura de Trajano. En el libro XII de los *Oráculos*

*Sibilinos*²⁷, Trajano es —como Vespasiano— recordado por sus éxitos militares y especialmente por su victoria sobre los judíos. Pero interesa observar, en la traducción de Emilio Suárez de la Torre, el recuerdo de las numerosas catástrofes —prodigios para los romanos— que sobrevienen durante su reinado:

«Al punto sobre los judíos caerá otra tremenda calamidad y Fenicia tras ellos beberá una lluvia de sangre; los muros de los asirios sucumbirán bajo numerosos enemigos y de nuevo los aniquilará un guerrero destructor de vidas. Luego vendrán las amenazas de Dios poderoso, seísmos, gran hambre por toda la tierra, nevadas fuera de su estación y también violentos rayos. Y entonces el gran rey, el celta montaraz, a causa de la contienda de Ares, al ir presuroso a la disputa del combate, no escapará a su destino indecoroso, sino que perecerá; polvo ajeno ocultará su cadáver, de una tierra de nombre de flor» (*Orac. Sib. XII*, 142-164).

Aunque de forma muy sumaria el autor de estos versos recuerda los principales prodigios que sobrevienen a lo largo del reinado de Trajano: los terremotos de Antioquía, Asia y Grecia; la larga sequía que se produjo en Egipto poco antes del año 100 (con el consiguiente riesgo de hambruna) y que obligó a Roma —como sabemos por el discurso de Plinio (*Pan.* 32, 1-3)— a tomar medidas urgentes; y, quizá, el incendio del Panteón abatido por un rayo. La alusión a fenómenos extraordinarios como las nevadas en los meses que no son de invierno autoriza a pensar —como ya he advertido— que mi relación de *prodigia*, lejos de ser exagerada, es probablemente incompleta.

Por otra parte, el pasaje viene a probar que para la población de Oriente estos fenómenos eran vistos también como advertencias divinas al tiempo que alimentaban las aspiraciones nacionalistas. Capta por último muy bien el autor judío de este oráculo esa lucha del emperador Trajano con un destino que se le presenta continuamente como adverso.

²⁷ Sobre la fecha de composición del oráculo, cfr. D. S. Potter, *Prophecy and History in the Crisis of the Roman Empire. A Historical Commentary on the Thirteenth Sibylline Oracle*, Oxford, 1990: «which can be shown to have composed in the mid-third century». J. Montserrat Torrents, *La sinagoga cristiana. El gran conflicto religioso del siglo I*, Barcelona, 1989, p. 129 lo cree compuesto probablemente por un judío de las provincias orientales, quizá de época de Maximino.

Pero también la lectura de algunos textos del Antiguo Testamento cobra un especial significado a la luz de los nuevos tiempos. Recientemente A. Strobel²⁸ ha señalado que la profecía de Números 24, 17 se renueva en el año 115, a pocos meses, pues, de las sublevaciones judías:

Oráculo de Balaam, hijo de Be`or, y oráculo del varón de
[cerrada vista
oráculo de quien oye las palabras de 'El y conoce la ciencia de
[Elyón,
de quien ve las visiones de Sadday, que cae y se le abren los
[ojos.

Lo veo, mas no ahora; lo diviso, pero no de cerca:
ha salido una estrella de Jacob, y ha surgido un gobernante de
[Israel,
y ha quebrado las sienas de Moab y el cráneo de todos los hijos
[de Set.
Edom se va empobreciendo, y empobrécese Se`ir, su enemigo,
mientras Israel adquiere riqueza.

De Jacob saldrá Dominador y aniquilará el remanente de la
ciudad»

(Num. 24, 15-19).

La estrella de Jacob a la que el oráculo de Balaam se refiere es, según A. Strobel²⁹, la conjunción de Júpiter-Saturno del año 113/4 acompañada de una serie de particularidades, como, por ejemplo la renovación del movimiento de Saturno (hacia la primavera del 113 d.C.), una «parada» a finales de julio de este año, un «estrecho encuentro» entre ambos planetas a finales de junio del 114 d.C. y una segunda «parada» en agosto del 114.

Podría, en mi opinión, referirse a este fenómeno astronómico Juvenal, cuando, en unos versos que todos los editores creen escritos en época de Trajano, dice que la alcahueta «es la primera que ve el cometa que amenaza al rey Armenio o al Parto» (VI, 407: *instantem regi Armenio Partoque cometen prima vedet*). Tendríamos en cualquier caso un ejemplo de cómo la aparición de una estrella era interpretada por los romanos en tiempos de guerra como un anuncio de triunfo sobre los enemigos.

²⁸ A. Strobel, «Weltenjahr, grosse Konjunction und Messiasstern. Ein thema geschichtlicher überblick», en *ANRW* II, 20.2 (1987), p. 1110.

²⁹ Id., *op.cit.* (n.28), p.1110, n.351

En los últimos años del reinado de Trajano crece, pues, entre los judíos el sentimiento anti-romano y las plegarias por la aniquilación de Roma y el establecimiento de un reino mesiánico. Ya en la revuelta anterior, la del 70, se había desencadenado una campaña apocalíptica contra Roma de la que Tácito se hace eco:

«Todo esto pocos lo veían con temor, pues la mayoría estaba convencida de lo que se decía en los antiguos escritos de sus sacerdotes: que precisamente por ese tiempo el Oriente se impondría y que hombres salidos de Judea dominarían el mundo» (Tac., *Hist.* V, 12, 3)

Posiblemente a la literatura apocalíptica de época trajanea y a la reinterpretación de ciertos pasajes bíblicos se deba en buena parte no sólo una fuerte tensión entre judíos y paganos sino la guerra misma desencadenada por los judíos de la diáspora contra Roma que, iniciada en el 116, acabaría en trágica catástrofe. Los acontecimientos han sido estudiados ya en una inmensa bibliografía³⁰ y por ello nos dedicaremos a destacar sólo los aspectos apocalípticos de la revuelta.

De forma no unánime pero sí mayoritaria, los estudiosos que se han ocupado del tema creen que las revueltas de Cirene, Egipto y Chipre revistieron un carácter nacionalista y mesiánico. La revuelta de la diáspora de época de Trajano —a diferencia de las revueltas judías contra Roma en 66-70— sí conoció «messianic leaders».

El primer foco de la revuelta surgió en la Cirenaica: *Iudaei per totam Libyam atrocissima bella gesserunt* dice Orosio (VII, 12, 6). El jefe de la

³⁰ Las fuentes sobre la revuelta de 116-117: Eusebio *HE* IV, 2, 1-5; *Chronicon* II, 164-165= Jerónimo, *PL* 27, cols.463-464; Apiano *BC* II, 90; id. *fr.* 19; Dión Casio 68, 32, 1-3. De la abundante bibliografía existente, citaremos: A. Fuks, «The Jewish Revolt in Egypt (AD 115-117) in the Light of the Papyri», *Aegyptus* 33, 1958, 131-158; Id., «Aspects of the Jewish Revolt in AD 115-117», *JRS* 51, 1961, 98-104; M. Hengel, «Messianische Hoffnung und politischer «Radikalismus» in der «jüdisch-hellenistischen Diaspora». Zur Frage der Voraussetzungen des jüdischen Aufstandes unter Trajan 115-117 n. Chr.», en D. Hellholm (ed.), *Apocalypticism in the Mediterranean World and the Near East*, Tübingen, 1983, 655-686; M. Pucci, *La rivolta ebraica al tempo di Traiano*, Pisa, 1981; id., «La rivolta ebraica in Egitto (115-117 d.C.) nella storiografia antica», *Aegyptus* 62, 1982, 195-217; id., «Greek Attacks against Alexandrian Jews during Emperor Trajan's Reign», *Journal for the Study of Judaism* 20, 1989, 31-48; E.M. Smallwood, «Palestine c. A.D. 115-118», *Historia* 11, 1962, 500-510; J. Mélèze-Modrzejewski, «Trajan et les Juifs. Propagande alexandrine et contre-propagande rabbinique», en *Problemes d'histoire du christianisme* 17, Bruxelles, 1988, 7-31.

revuelta de Cirene, *Loukios-Andreas* (Lucuas), parece haber sido considerado un mesías³¹. Eusebio (*HE IV*, 2) le atribuye el título de «rey» (*to basilei*) que E.M. Smallwood³² califica de «messianic title». Más recientemente otro autor, T. D. Barnes³³, cree que «Messianic elements seem to be undeniable in the shape of the Lukuas or Andreas who lead the Jews of Cyrene on an eastward march into Egypt as their king».

Otro tanto debió ocurrir con el líder rebelde de Chipre llamado Artemion. Aunque las fuentes son muy escuetas, son muchos estudiosos que han considerado la revuelta «as messianic in nature»³⁴ y, por eso, como un precedente de la segunda revuelta contra Roma (132-135) también de carácter claramente mesiánica (recordemos la figura de Simon bar Kosi-ba, identificado en las fuentes rabínicas con el Mesías).

La conclusión principal a la que llega M. Pucci en su excelente estudio³⁵ es que las revueltas de Cirenaica, Egipto, Chipre y Judea tuvieron como principal objetivo ayudar a los partos (y con ellos a los judíos de más allá del Eufrates) para rechazar la amenaza romana.

Los judíos de la diáspora disponían de dos vías para el establecimiento del reino mesiánico que venían esperando: enfrentarse en una guerra abierta contra el poder romano y al mismo tiempo contra el elemento pagano greco-romano (ya hemos visto la violencia que desencadenaron los judíos contra los templos greco-romanos en la ciudad de Cirene) y colaborar con los partos.

La posición de los hebreos en el interior del imperio parto tenía poco en común con la que atravesaban en las provincias del Imperio romano. La literatura talmúdica confirma la situación de los judíos sometidos a Roma cuando dice, por ejemplo: «El Señor, que El sea bendecido, sabía que los hebreos no estarían en disposición de soportar la crueldad de Roma, y por ese motivo los ha exiliado a Babilonia» (Talm. Bab., Psachim, 87 b).

Los partos eran vistos, pues, como el único imperio fuerte capaz de detener el avance de Roma. Una entidad política judía bajo protección parta era un «viejo sueño»³⁶ que bajo el principado de Trajano muchos debieron ver como algo factible.

³¹ F. Dunand y Chr. Zivie-Coche, *Dieux et hommes en Égypte*, Paris, 1991, p.256. Sobre las revueltas: E.M. Smallwood, «Palestine c. A.D. 115-118», *Historia* 11, 1962, 500-510.

³² E.M. Smallwood, *op. cit.* (n.20), p. 397.

³³ T.D. Barnes, *op.cit.* (n. 7), pp: 161-162.

³⁴ A. Fuks, *op.cit.* (n.30), p. 158.

³⁵ *La rivolta ebraica al tempo di Traiano*, Pisa, 1981, p. 417.

³⁶ J. Montserrat Torrents, *La sinagoga cristiana. El gran conflicto religioso del siglo I*, Barcelona, 1989, p. 34.

Recordemos que desde el siglo I a.C. los hebreos de Judea miraban a los partos como a la única potencia en disposición de librarlos del dominio romano y eran a ellos a quienes asociaban la esperanza de una redención nacional³⁷. La política hebraica pro-pártica no se explica sólo por el resentimiento ideológico-religioso de la destrucción romana del Templo. Los judíos, además de participar activamente en el comercio del imperio, colaboraban militarmente con los partos tanto en las campañas contra los sátrapas y gobernadores rebeldes (Josef., *Ant.* XVIII, 314-370) como en las guerras exteriores (y especialmente contra Roma). Como compensación por esa doble colaboración, los reyes partos enviaban anualmente a Jerusalén grandes sumas de dinero (Filón, *Leg.*, 216; Josef., *Ant.* XVIII, 311-313).

Trajano se mostró muy resentido contra los judíos no sólo por los daños causados en Cirene, Alejandría o Chipre sino porque le habían creado graves dificultades durante su guerra contra los partos. Roma reprimió, pues, con dureza el movimiento judío y suprimió los privilegios jurídicos de este pueblo. Ello explica que en la tradición judía, como luego veremos, Trajano pasase por perseguidor sin piedad del pueblo de Israel³⁸.

Tampoco Roma desaprovechó la ocasión de desacreditar el movimiento mediante falsas acusaciones que bien podríamos calificar de propagandísticas. Dión Casio se hace eco de una de ellas cuando, refiriéndose a los judíos de Cirenaica en 115, escribe: «Ellos comían la carne de sus víctimas, haciéndose cinturones con sus entrañas, ungiéndose con su sangre y llevando puestas sus pieles como vestidos» (DC 68, 32, 1-2).

Eusebio de Cesarea (*HE* IV, 2, 2) insiste en que los judíos se mostraban especialmente «como agitados por un demonio violento y sedicioso», lo que —siempre desde el punto de vista cristiano— corroboraría el sentido religioso de la revuelta.

Apocalíptica cristiana: Juan, Ignacio, Hermas

El cristianismo de esta época vino a sumarse también, durante el reinado de Trajano, a la literatura apocalíptica judía con libros proféticos de contenido claramente anti-romano.

³⁷ Cfr. J. Neuser, «The Jews East of the Euphrates and the Roman Empire —1st-3rd Centuries A.D.», en *ANRW* II, 9.1 (1976), p. 56 con los testimonios de las fuentes.

³⁸ J.P. Martin, *op.cit.*, p. 256 quien cita el Talmud de Jérusalem V, I. Cfr. T.D. Barnes, «Trajan and the Jews», *JJS* 40, 1989, 145-162. Más recientemente: L. García Iglesias, *op.cit.* (n.7), 137-150.

Según una tradición mayoritariamente aceptada, Juan fue deportado bajo Domiciano a la isla de Patmos (*Apc.* I, 9; Eus., *HE* III, 18) y de allí, bajo Nerva, volvió nuevamente a Éfeso. Fuentes diversas³⁹ señalan que «bajo Trajano» vivía en esta ciudad de Asia Menor un hombre muy anciano al que todos llamaban «Juan» o «Presbítero» que los domingos se dirigía a la comunidad cristiana con vestidos preciosos y de cuya frente colgaba «el misterioso emblema del rey y sumo sacerdote Melquisedec», el *petalon*, una estrella de oro con el nombre indecible de Dios. Las fuentes describen cómo, ya cansado, se introdujo en una sepultura abierta, cerca del altar, para morir. Una nube de luz rodeó la tumba en el momento en que expiraba al tiempo que una indescriptiblemente dulce fragancia caía del cielo sobre los presentes. Dicha figura ha sido identificada con el evangelista Juan que, en el año tercero de Trajano, debía contar 99 años.

Admitiendo que la redacción final del *Apocalipsis* de Juan (que acabó formando parte del Nuevo Testamento) tuvo lugar hacia el año 95 d.C. como creía Eusebio de Cesarea, es decir, apenas tres años antes del advenimiento de Trajano al poder o incluso en los primeros años de este reinado, como señalan otras fuentes⁴⁰, lo cierto es que dicho texto circulaba, probablemente con gran discreción, sobre todo entre las comunidades cristianas de Asia, en el cambio de siglo. Quizá sea oportuno recordar la imagen que este escrito, centrado en buena parte en el enfrentamiento entre la Iglesia y las autoridades paganas, nos ofrece de Roma: en unas ocasiones el Imperio aparece como la Bestia, instrumento de Satán, en otras, como Babilonia, símbolo de la ciudad anti-cristiana (Cfr. *Apc.* 12-19).

En efecto, en el *Apocalipsis* de Juan se suceden visiones de acontecimientos celestiales y luchas cósmicas entre los poderes del Bien y del Mal. En una de ellas (*Apc.* 11, 19-14, 5) se presenta al poder supremo del Mal simbolizado en un dragón que tras ser derrotado por Dios se retiró a la tierra e instaló en ella el poder. Del mar salió una bestia monstruosa en ayuda del dragón que, sometiendo toda la tierra y sus habitantes, se hizo adorar por ellos. Pues bien, esta bestia es considerada generalmente como un símbolo del Imperio Romano y el dragón como la representación del Anticristo. Observemos, por tanto, que «el Imperio parecería concebido como un auxiliar del Anticristo ideológicamente

³⁹ Papías ap. Euseb., *HE*; *Legenda Aurea*; Hechos de Juan.

⁴⁰ No faltan fuentes y estudiosos modernos que retrasan dicha composición al año 96 o 97 o que, incluso, la sitúan en los primeros años de época trajanea: cfr., Epiphani. p. 109,7; 129, 10; Ps.-Dorotheos. p. 154, 7 (Schermann); Theophyl. *PG* 123, 364C.

identificado con él»⁴¹. Bajo la forma de la revelación se hacía llegar la idea de que el mundo pagano, encarnado en los imperios de la tierra, será el perpetuo enemigo de Cristo.

Aún más hostil es la referencia a Roma en otra serie de versiones (*Apc.* 17, 1-19, 10) en las que se presenta una mujer opulenta y poderosa cuyo nombre es Babilonia, montada sobre una fiera con siete cabezas y diez cuernos, calificada de *he pórne he magále*, «la gran puta» (*Apc.* 17, 1)⁴².

En una visión posterior un ángel anuncia la ruina total de Babilonia (*Apc.* 18, 1-3) y una voz del cielo pone de relieve la justicia de su ejemplar castigo. Luego se describe el amargo lamento de los amigos de Babilonia al conocer su ruína (*Apc.* 18, 9-19).

Desde los últimos años del siglo I d.C hasta mediados del s. II los profetas proliferaron en las comunidades cristianas (pensemos, por ejemplo en Corinto, Antioquía o Roma). Hablan bajo la peculiar iluminación, impulso y calor del Espíritu Santo y por ello Dios los estableció —después de los Apóstoles— en el segundo lugar de la Iglesia (1 Cor. 12, 28-31). También en textos de la época como la *Didaché* se percibe una extraordinaria veneración por ellos. Atentar contra su autoridad cuando hablan «en espíritu» es un pecado equiparable al que se cometiera contra el Espíritu Santo, de quien es portavoz el profeta. Hermas, que fue también profeta, nos describe cómo es y cómo actuaba un verdadero profeta en tiempos de Trajano (Herms, *Mand.* XI, 88).

La influencia que ejercieron los profetas explica que no tardaran en surgir «falsos profetas». Tanto el *Apocalipsis* de Juan (*Apc.* 2, 20-24) como el *Pastor* de Hermas (*op.cit.*) se hacen eco de conflictos entre profetas. Distinguir al verdadero profeta, revestido de carácter sagrado, del falso, que poseía el carisma, no era fácil:

«¿Conque es posible cobrar sueldo y profetizar? No, no se sufre que tal haga el espíritu de Dios, sino que el espíritu de tales profecías es terreno. Y cuando uno de estos hombres entra en una reunión de hombres justos que oran a Dios, el espíritu terreno huye de miedo y aquel pobre hom-

⁴¹ J. de Churruga, «Actitud del cristianismo ante el Imperio Romano», en J. Paricio (ed.), *Poder político y derecho en la Roma clásica*, Madrid, 1996, p. 180.

⁴² Babilonia es la forma como la apocalíptica denomina a Roma: cfr. *Apc.* 17, 18: «La mujer que has visto es la gran ciudad que tiene soberanía sobre todos los seres de la tierra». Sobre el tema: C.H. Hunzinger, «Babylon als Deckname für Rom und die Datierung des 1 Petrus-briefes», *FsHertzberg*, Göttingen, 1965, 67-77 con bibliografía.

bre se hace añicos y no es capaz de decir una palabra» (Hermas, *El Pastor*, id.)

En general se consideraba que la forma de vida acababa desenmascarando a los falsos profetas:

«¿De qué manera, pues —le dije—, se reconocerá cuál es el verdadero y cuál el falso profeta?» «Escucha —me contestó—, y de la manera que voy a decirte, así examinarás al verdadero y al falso profeta: Por su vida has de probar al hombre que tiene espíritu divino» (Hermas, *El Pastor*, id.)

Pocos años antes del advenimiento de Trajano al trono, Juan había dado también su voz de alerta contra estos pseudo-profetas: «No creáis a todo espíritu, sino examinad si los espíritus son de Dios, pues muchos falsos profetas han salido al mundo» (1, 4, 1).

Convendría interrumpir este punto para mostrar que en el ámbito pagano —salvando siempre las lógicas diferencias— existía también una preocupación por desenmascarar a los impostores que se hacían pasar por *theioi andres*. En los últimos años de Trajano, Polemón acusaba a Favirino de recorrer las ciudades y aldeas convocando a la gente para mostrar el mal (*ut malum ostenderet*) y la iniquidad, pero añade:

«por encima de todo era un hechicero muy hábil y prometía prodigios predicando a las gentes que tenía sobre ellos el poder de vida o de muerte. Gracias a ello atraía a tantas gentes que masas numerosas de hombres y mujeres venían a él» (*Insuper incantator astutissimus erat et praestigias profitebatur, hominibus praedicans se vivos facere et mortuos; qua re himines adeo inducebat ut multae mulierum et virorum turbae eum adirent*) (*De Physiognomonia* ed. R. Foerster I, 162).

Lo que interesa, pues, subrayar es que los auténticos profetas cristianos vivían en el seno de la Iglesia, los falsos entre las sectas heréticas, pero que unos y otros, tenidos en la más alta consideración por los fieles cristianos, dirigieron con frecuencia mensajes comunes contra el gobierno de Roma y la figura del emperador.

Dotados también de carisma profético estuvieron los obispos, cual es el caso de Policarpo o de Ignacio, uno de los primeros obispos de

Antioquía, muerto mártir en Roma a finales del reinado de Trajano ⁴³. Tras ser arrestado viajó a través de Asia Menor hasta Roma; durante el viaje escribió siete cartas (cinco a iglesias locales de Éfeso, Mágnesia, Trales, Filadelfia y Esmirna, una a la de Roma y otra a Policarpo, obispo de Esmirna). En ellas Ignacio conserva algunos de los oráculos pronunciados durante sesiones litúrgicas (*Phld* 7, 1-2; *Sm.* 8, 1-2; *Tr.* 2, 2; 7, 2; *Mg.* 4, 1; 7, 1). El contenido de estas revelaciones divinas no es político: Ignacio trata con sus oráculos de que los fieles obedezcan a las autoridades eclesiásticas. Pero tampoco podemos descartar que algunos fueran dirigidos contra Roma y, desde luego, muchos de estos oráculos no gustaban a las autoridades locales. En una de esas cartas —la dirigida a los romanos— dice, por ejemplo:

«Desde Siria hasta Roma vengo combatiendo con las fieras, por tierra y por mar, atado día y noche a diez leopardos, es decir, a un pelotón de soldados, que se vuelven peores con los mismos beneficios que se les hacen...» (*Rom.*, V, 1).

O. Michel ⁴⁴ avanzó hace años la hipótesis de que Ignacio ejerciese su papel de profeta en íntima conexión con la proximidad de su martirio (fue arrojado a las fieras). En Eusebio de Cesarea, por ejemplo, encontramos, la siguiente predicción de Ignacio:

«¡Ojalá pudiera yo gozar de las fieras que me están preparadas! Pido hallarlas bien expeditas para conmigo. Llegaré hasta a adularlas para que me devoren prontamente y no me hagan lo que a algunos que por temor no los tocaron, y si se hacen remolonas y no quieren, yo mismo las forzaré» (*HE* III, 36, 9).

En cualquier caso el Estado romano creyó tener motivos para el martirio de Ignacio y sus mensajes, emitidos a través de su actividad profética, no debieron ser sólo causas de tipo secundario. Fuentes tardías establecen un ficticio enfrentamiento directo entre el emperador y el mártir. En las falsas actas de su *Martyrium*, Ignacio comparece en Antioquía ante Trajano, quien le pregunta: «¿Quién eres tú demonio mísero, que

⁴³ Cfr. especialmente el trabajo de Ch. Munier, «Où en est la question d'Ignace d'Antioche? Bilan d'un siècle de recherches 1870-1988», en *ANRW* II, 27.1, 359-484.

⁴⁴ *Prophet und Märtyrer*, Gütersloh, 1932, p. 59.

tanto empeño pones en transgredir mis órdenes y persuades a otros a transgredirlas para que míseramente perezcan?» (II, 2)

También en la crónica de Juan Malalas (*Cron.* XI, 276 ed. Dindorf) se nos dice que Trajano estaba irritado con Ignacio porque le había injuriado. Con razón R. Teja califica al mártir de «exponente de esta mentalidad de fanatismo exacerbado»⁴⁵.

En el año 3 de Trajano (100 d.C.), Elcesías (*Elkesai*)⁴⁶, fundador de una secta judeo-cristiana en Trasjordania pero que emigró más tarde a Mesopotamia, decidió escribir la visión que había recibido en la ciudad parta de Serae. En dicha visión (*Hipp. Haer.* IX, 8) se le apareció un ángel de colosales pero bien proporcionadas dimensiones —el hijo de Dios— en compañía de otro ser femenino, de similares características (el Espíritu Santo). De la autoridad de ambos predicó una nueva doctrina religiosa basada en la ley judía y centrada en repetidos bautismos. El *Libro* de Elcesias recoge alusiones a la ética política, visiones celestes y referencias continuas a una guerra escatológica y el martirio⁴⁷. Aunque el *Libro de las Revelaciones* no fue traducido al griego y llevado a Roma hasta el año 200, parece lógico pensar que su doctrina se dejó sentir pronto sobre las poblaciones fronterizas del Imperio. Desde el punto de vista religioso el choque con los cultos y ritos paganos era frontal, especialmente por el rechazo del sacrificio y sus estrictas ideas monoteistas.

Pero en el año 117, en plena campaña parta, los seguidores de la secta elcesaíta y muchos otros, pudieron leer en el libro:

«...ten cuidado de no comenzar tus trabajos en el tercer día después de un Sabbath, hasta que hayan transcurrido tres años del reinado del emperador Trajano a partir del momento en que haya sometido a los Persas bajo su dominio. Cuando, digo, tres años hayan transcurrido habrá guerra de rabia entre

⁴⁵ R. Teja, «Trajano y los cristianos», en J. González (ed.), *IMP. CAES. NERVA TRAIANVS AVG*, Sevilla, 1993, p. 200.

⁴⁶ G. Strecker, s.v. *Elkesai* en *Reallexikon für Antike und Christentum*, (cols. 1172ss); W. Brandt, *Elchesai, ein Religionsstifter und sein Werk*, Amsterdam, 1971; G. P. Luttikhuisen, *The Revelation of Elchasai: Investigation into the Evidence for a Mesopotamian Jewish Apocalypse of Second Century and Its Reception by Judaeo-Christian Propagandists*, Tübingen, 1985.

⁴⁷ P. Gerard Luttikhuisen, *The Revelation of Elchasai: Investigation into the Evidence for a Mesopotamian Jewish Apocalypse of the Second Century and Its Reception by Judaeo-Christian Propagandists*, Tübingen, 1985.

los impíos ángeles de las constelaciones del norte; y todos los reinos de impiedad estarán en un estado de confusión» (Hipp. *Haer.* 9, 11)

Quienes leían el escrito sabían que Trajano había reclamado la soberanía sobre Persia en el año 115 y que en el 117 el imperio oriental estaba sumido en las revueltas judías de Egipto, Cirenaica, Judea y Chipre. En el año 117 Abgar VII de Edesa, sumándose a la revuelta, derrotó a un ejército romano, siendo vencido luego por *Lusius Quietus*.

La profecía —evidentemente post-eventum— de la visión de Elcesias, debió ser escrita en los últimos meses del reinado de Trajano. Gerard Luttikhuisen⁴⁸ cree que fue redactada en el otoño del 116. De una parte se sancionaba la autoridad del visionario Elcesias; de otra, se reforzaba la moral del ejército parto que advertía el debilitamiento de la presencia romana en la zona durante las últimas operaciones militares.

El Pastor de Hermas, un libro que se presentaba como una revelación, ejerció una gran influencia. Hoy, gracias a los estudios publicados en los últimos años y, sobre todo, gracias al trabajo de S. Giet, *Hermas et les Pasteurs*, Paris, 1963 sabemos que las cuatro primeras visiones de Hermas (que configuran la primera parte) fueron compuestas entre los años 100 y 125, es decir, durante el reinado de Trajano; el resto fue escrito y publicado a partir de mediados del siglo II d.C.

En la visión IV se nos dice:

«De pronto el sol brilló poco, y he aquí que veo una fiera enorme, una especie de monstruo marino, y de su boca salían langostas de fuego. La fiera tenía como cien pies de largo, y la cabeza como una vasija. Comencé a llorar y a suplicar al Señor que me librara de aquello...» (*Vis.* IV, 1, 6-7).

Hermas nos dice que la fiera tenía sobre la cabeza cuatro colores: negro, luego parecido al fuego y sanguinoliento, luego oro y luego blanco. Una doncella interpreta el sueño: la fiera es símbolo de la gran aflicción que va a venir (*Vis.* IV, 2, 5). Respecto a los colores, dice:

«El negro es este mundo en el que vivís. Lo parecido al fuego y sanguinoliento obedece a que este mundo será

⁴⁸ *op.cit.* (n.47), p. 192.

destruido por la sangre y el fuego. La parte de oro sois vosotros, los que habéis huido de este mundo... La parte blanca es el mundo que ha de venir, en el que habitarán los elegidos de Dios para la vida eterna» (Vis. IV, 3, 2-5)

La misión del Pastor es explicar a los cristianos «que esta fiera es tipo de la gran aflicción que va a venir» (Vis. IV, 2, 5). Y ese final, anunciado también por otras fuentes cristianas (*Didaché* 16, 5), no es otro que la *ekpyrosis*, el fuego escatológico una idea, paradójicamente, de origen estoico, y por tanto, pagana⁴⁹.

Los estoicos creían, en efecto, en la renovación de periodos cósmicos con fines morales, incluso éticos. Crisipo, por ejemplo, dice:

«La providencia, o bien conserva la vida sobre la tierra, o bien la limpia mediante inundaciones e incendios. Y acaso no sólo la tierra, sino también el universo entero, que necesita un medio de depuración, cuando la maldad ha llegado a ser grande» (ed. Von Armin, II, fr. 1, 174).

Si preferimos a un estoico más próximo a la época de Trajano, Séneca, éste expresa prácticamente el mismo pensamiento, pues dice que «la conversión en fuego se verifica cuando dios ha decidido empezar un mundo mejor y acabar con el viejo» (*NQ* VI, 3). Pero es el su *Consolación a Marcia* donde el filósofo estoico nos ha dejado la mejor descripción —en cierta forma no exenta de rasgos apocalípticos— del concepto de *ekpyrosis*:

«En efecto, si puede servir de consuelo a tu añoranza el destino común, nada continuará en el lugar en que está, la vejez lo arrasará todo y se lo llevará consigo. Y no solo jugará con los hombres...sino con los lugares, con las regiones, con las partes del mundo. Suprimirá montes enteros y hará que alcancen altura nuevas rocas por doquier; agostará mares, desviará ríos y, rota la comunicación entre las gentes, disolverá la comunidad del género humano; por todo lugar amplias grietas se tragarán las ciudades, las sacudirá con temblores y enviará desde lo más profundo exhalaciones pestilentes: cubrirá de inundaciones toda

⁴⁹ A.P. O'Hagan, «The Great Tribulation to Come in the Pastor of Hermas», *Studia Patristica* IV, 1961, 310-311.

la parte habitada y matará todo animal después de sumergir el orbe, lo abrasará con fuego intenso y prenderá fuego a todo lo que es mortal. Y cuando llegue el momento de que se extinga el mundo a fin de renovarse, los elementos se destrozarán con su propia energía y las estrellas chocarán con las estrellas y, en llamas todo lo material, un solo fuego hará arder todo lo que ahora brilla ordenadamente» (*Consolatio ad Marciam* 26, 6).

La *ekpyrosis* puede llegar en cualquier momento, «cuando a dios le parezca que debe intentarse de nuevo» (id., 26, 7). Así, por ejemplo, cuando se produjo la erupción del Vesubio en el 79 d.C. «muchos alzaban los brazos hacia los dioses, otros, más numerosos, declaraban que ya no existían los dioses y que aquella era la última noche del mundo» (*novissimam noctem mundo*: Plin., *ep.* VI, 20, 15). La erupción y la lava fueron reconocidas, conforme a la doctrina estoica, como el inicio del catastrófico incendio (*ekpyrosis*), el advenimiento del fin del mundo, en el que la Humanidad iba a perecer.

En no pocas ocasiones del reinado de Trajano también este mismo temor debió de aparecer, especialmente ante las catástrofes naturales que ya conocemos. La apocalíptica judía y cristiana vinieron así a coincidir con las ideas estoicas en el reconocimiento de estos prodigios como señal del final de los tiempos. Pero aún otra literatura de carácter apocalíptico vino a sumarse a las anteriores: la que procedía de Oriente.

Babilonia

Las campañas orientales de Trajano abrieron, ya en los últimos años de su reinado y en los decenios siguientes, la antigua magia y la adivinación babilonias a la cultura occidental. La campaña para la anexión de Asiria y Babilonia comenzó en la primavera del 116. Trajano pasó el invierno de ese mismo año en Babilonia donde sabemos que realizó un sacrificio en la casa donde había muerto Alejandro.

La presencia en Roma de magos y teúrgos de origen babilonio, permite pensar que las conquistas romanas en la frontera oriental trajeron como —indeseado— efecto la propagación de técnicas adivinatorias y mágicas babilonias. Jámblico⁵⁰ nos dice que durante su juventud había

⁵⁰ *Jamblichi Babylonicorum reliquiae* (ed. Habrich, Leipzig, 1960), 2.

sido instruido por un babilonio —cuyo nombre silencia— hecho prisionero durante una de las expediciones de Trajano en Mesopotamia y vendido como esclavo en Siria. Era un sabio iniciado en la sabiduría babilonia (*sophòs tèn barbáron sophían*), antiguo secretario del rey de los partos. Enseñó a su discípulo Jámblico *tèn mantikèn paidéfan*, es decir, el arte de predecir el porvenir. Éste escribió (probablemente ya en tiempos de Marco Aurelio) una novela, *Babiloniká*, en la que aludía a los distintos tipos de magia, distinguiendo la del saltamontes, el león, el ratón, y la serpiente a la que se añadirían también la necromancia y la ventriloquía. Las técnicas adivinatorias, aprendidas del sabio babilonio, fueron aplicadas más tarde por el novelista a los conflictos armados de su época. Un autor tardío, Focio (*Bibl.*, 75b), dice haber leído en una obra de Jámblico hoy perdida que éste había predicho al emperador Lucio Vero, tiempo antes de que éste iniciase la guerra contra el rey parto Vologese (164-166 d.C.), «tanto que el conflicto estallaría como la forma en que acabaría».

Otro babilonio, éste mejor conocido, Juliano el Caldeo, vivió también, según Pselo⁵¹, bajo el reinado de Trajano; se le llamaba así tanto por su origen babilonio como por su conocimiento de «ciencias» caldeas (magia, astrología, adivinación)⁵². Una fuente muy tardía, Anastasio⁵³, le cita en el siglo VII como rival de Apuleyo y de Apolonio de Tiana en la purificación de Roma durante una pestilencia; en este «concurso» de magos, Juliano se mostraría como el más poderoso, capaz de liberar a la ciudad de la epidemia gracias a su dominio sobre las fuerzas demoniacas. La competición teúrgica entre los tres personajes carece, desde luego, de base real (los tres vivieron en épocas distintas) pero la actuación de Juliano en la Roma de Trajano podría ser histórica y resulta, en todo caso, muy significativa a juzgar por la gran cantidad de prodigios acaecidos en la época.

Escribió Juliano una obra titulada *Sobre los démones* (Suda I, 433-434), en cuatro libros, hoy perdida, en la que afirmaba la existencia de amuletos para cada parte del cuerpo, citando expresamente los amuletos telesiúrgicos caldaicos. Sozomeno (*HE* I, 18) recuerda el milagro de Juliano al hacer reventar una piedra con la sola fuerza de su palabra.

⁵¹ Pselo, *Escolio a Gregorio Nacianceno*, 172; *Sobre los géneros de discurso filosófico* 170.

⁵² H. Lewy, *Chaldaean oracles and theurgy. Mysticism magiz and platonism in the later Roman empire*, Paris, 1978, p. 428: «... designation both of the home-land and of membership in the priestly caste of the Babylonian theologians».

⁵³ *Sin. Quaest. et resp.*, XX=PG 89, coll. 517-532.

Su hijo, el célebre Juliano el Teúrgo, colaborador del emperador Marco Aurelio, nació probablemente bajo el principado de Trajano. En un pasaje, Pselo se refiere a los dos de la siguiente forma:

«Su padre [Juliano el Caldeo], en el momento en que lo iba a engendrar, rogó al dios ensamblador (*synocheús*) del universo un alma arcangélica para la existencia de su hijo y, una vez nacido, lo puso en contacto con todos los dioses y con el alma de Platón, quien comparte la existencia de Apolo y Hermes, y por medio del arte hierática, lo elevó hasta la visión directa (*epópteia*) de este alma de Platón para que interrogara sobre lo que quisiera» (Psel. 27).

Pero lo importante es que Juliano heredó de su padre la ciencia oracular y el arte de ponerla en versos. Es posible que los *Oráculos caldeos* fueran escritos por el padre y el hijo; Proclo (*In Cra.*, 72, 10-11) habla de los «teúrgos» como autores de la obra. Pero otros autores antiguos, como Pselo, sostienen que Juliano padre formuló sus oráculos, mientras que el hijo las registró en verso por escrito, lo que parece más probable.

Además de adherirse firmemente al Dios único, la actitud del Caldeo hacia la adivinación tradicional romana —la *auguratio* y la *haruspicina*— así como hacia la astrología, no puede ser más claramente hostil:

«No pongas en tu mente las inmensas medidas de la tierra, porque no [existe] planta verdadera en la tierra. Tampoco midas la dimensión del sol juntando reglas: él se mueve por la voluntad eterna del Padre, no por tu causa. Desatiende el silbido de la luna, ella corre siempre por obra de necesidad. La procesión astral no ha sido engendrada en tu favor. La amplia palma etérea de los pájaros nunca es verdadera, ni los cortes de víctimas y de entrañas. Todas estas cosas son juguetes, puntales de un fraude comercial. Húyelas, si es que quieres abrir un paraíso sagrado de piedad, en donde concurren virtud, sabiduría y buen orden» (*Or. Cald. fr.* 107).

El Caldeo aparta en este oráculo al discípulo de las formas tradicionales de la adivinación, todas ellas, *auguratio*, *haruspicina* y astrología, en vigor en la Roma de Trajano, para adherirse a un Dios único. Es evidente que ni este tipo de oráculos emitidos por el Caldeo y recogidos

más tarde por escrito por su hijo, ni su personalidad, vista hoy como la de un «guía espiritual de una asociación misteriosa que enseña sus doctrinas y cumple sus ritos»⁵⁴ podían agradar a las autoridades romanas. Juliano sería el hierofante de una agrupación iniciática cuyas doctrinas, eran indicadas por símbolos orales y físicos de origen divino y transmitidos regularmente⁵⁵. No se le escaparon a F. Cumont las relaciones de este tipo de asociación misteriosa con los magos anatólicos de origen medo-persa⁵⁶ con quienes compartían el uso de encantos y conjuros. Otra característica más es la adopción filosófica de un platonismo de orientación pitagorizante. Nicómaco de Gerasa⁵⁷ que, como hemos visto, mantuvo estrechas relaciones con la emperatriz Plotina, atribuye a los teúrgos, a los que quizá conoció, la conjunción de ideas neopitagóricas y semitas.

Apocalíptica irania

Será oportuno, antes de examinar el carácter antiromano de la apocalíptica irania de la época, recordar la paradójica situación que bajo el gobierno de Trajano se producía en Roma, en Italia y las provincias: la difusión del mitraísmo. La más antigua inscripción de un devoto del dios persa, es precisamente la dedicada por Alcimius, esclavo del prefecto del pretorio de Trajano, Ti. Claudio Liviano⁵⁸.

Otra inscripción⁵⁹ dedicada al dios Mitra por Victorino, un liberto imperial, y su padre, ha sido datada también, recientemente, en el año 100 d.C.; incluye un término persa, *Nama*, («salud», «salve»).

Recordaremos igualmente que la ciudad de Trapezunte acuña bajo Trajano monedas con la cabeza del emperador en el anverso y el dios

⁵⁴ F. García Bazán, *Oráculos Caldeos. Numenio de Apamea, Fragmentos y testimonios*, Madrid, 1991, p. 16. Seguimos la traducción española ofrecida por el autor.

⁵⁵ F. García Bazán, *op.cit.* (n. 54), p. 15.

⁵⁶ J. Bidez-F. Cumont, *Les Magés hellénisés. Zoroastre, Ostanès et Hystaspe d'après la tradition grecque*, t.I, Paris, 1973, p. 145.

⁵⁷ C. von Jan (ed.), *Musici Scriptores Graeci*, Hildesheim, 1962, 276 ss.

⁵⁸ Dessau, *ILS* 593/4: *Alcimius Ti(beri) Cl(audi) Liviani ser(us) vill(i)c(us) Sol(i) M(i)thrae d(onum) d(edit)*; cfr. M. Clauss, *Cultores Mithrae. Die Anhängerschaft des Mithras-Kultes*, Stuttgart, 1992, pp.: 20; 253-254, quien afirma que no es posible saber si su *patronus* se había iniciado en los misterios, pero desde luego éste debió concederle el permiso para llevar a cabo la dedicatoria al dios.

⁵⁹ *ILS* 4237; *Insc. Italiae* IV, 67

Mitra en el reverso⁶⁰. Aún más significativa es la gran cantidad de mitreos que se levantan —casi siempre en ambientes militares— durante los años de su reinado: en Nida (Germania Superior), en Novae (Moesia Inferior), en Brigetio (Panonia Superior) o en Oescus (Moesia Inferior). Tolerar un culto como el mitraico en época de guerras contra los partos (113-117), tan inclinado a la magia (Porf., *De abst.* IV, 16) y a las especulaciones astrológicas (Celso ap. Orig. VI, 22), habla en favor de la libertad que dichas prácticas gozaban durante estos años.

Una divinidad asimilada o incluso confundida con Mitra es el Sol. También algunos eruditos modernos⁶¹ han señalado que fue bajo Trajano cuando se inicia el culto al Sol, como divinidad oriental, a menudo junto al de la Luna. Un testimonio de la rápida aceptación del nuevo culto es el de *Anicetus*, quien en una inscripción deja constancia de haber costeado en el año 102 d.C. la restauración de la galería del templo al Sol en Roma:

Julius
[A]nicetus
[uo]to sv[s]cepto
primam porticum
Solis cum marmoribus
opere novo ampliato
[]ntis inchoatis su[a]
[pecuni]a a solo restituit (CIL VI, 31034)

Plutarco se hace eco, en torno al año 100 d.C., de la continuidad del apocalipticismo iranio desde los libros del Avesta. En su tratado *De Iside et Osiride* nos ofrece un detallado cuadro de la cosmogonía y escatología zoroástricas. Según esta teoría, el mundo es producto de oposición entre dos principios, uno de los cuales engendra el Bien (Oromaces, hijo de la luz más pura), el otro el Mal (Arimanio, nacido de la oscuridad). Uno y otro crearon dioses a su servicio. Durante un ciclo de 12000 años las potencias del Bien y del Mal se enfrentarán. Tan largo periodo era dividido por los Magos persas en cuatro ciclos de 3000 años. En el primero Oromaces y Arimanio, crean; en el segundo, Oromaces reina; en el tercero, prevalece el dios Arimanio y en el cuarto, la lucha entre ambas

⁶⁰ Cfr. R. Merkelbach, *Mithras*, Königstein, 1984, 140 ss.

⁶¹ T. Barton, *Ancient Astrology*, London-New York, 1995, p. 204. Sobre la magia y astrología en el mitraismo, cfr. A. Mastrocinque, *Studi sul mitraismo (il mitraismo e la magia)*, Roma, 1998.

divinidades rivales concluye con la victoria de Oromaces. Es a éste periodo al que parece referirse Plutarco cuando dice:

«No obstante, se aproxima el día, marcado por el destino en que Arimanio, después de haber desencadenado la peste y el hambre, quedará necesariamente aniquilado por estas plagas y perecerá. La tierra presentará una superficie plana y regular; no habrá más que un género de vida, una única forma de gobierno; los hombres serán felices y hablarán todos la misma lengua» (*De Isid.*, 47)

Más adelante Plutarco vuelve a insistir:

«...finalmente, será vencido el mismo Hades [Arimanio]; los hombres alcanzarán la felicidad, no necesitarán alimentarse ya y no proyectarán sombra alguna» (id.)

Este periodo, en el que vencido Oromaces los hombres alcanzarán la felicidad y no necesitarán alimentarse ya, no se concreta, pero es anunciado por los Magos persas como próximo. Arimanio perecerá víctima de sus propios males y la Humanidad alcanzará la felicidad. Las ideas recogidas por Plutarco están ajustadas a lo que la tradición escatológica persa sostenía⁶². El *Bundahisn* y el *Denkard* predicen, en efecto, que la humanidad tendrá, a medida que se acerque este final, cada vez menos necesidad de alimentos.

Dión de Prusa, en su discurso titulado *Boristénico*, pronunciado en Prusa en el año 101 d.C. trata el mito del carro del Sol (*Or.* XXXVI, 39-60) que él atribuye al persa Zoroastro y a sus Magos (si bien el sofista griego le imprime su sello personal). Es una visión mítica de la organización y marcha del universo. Los cuatro caballos del carro del Sol, conducido por un auriga eterno, coinciden con los cuatro elementos primitivos del mundo: aire, fuego, agua y tierra. El comportamiento de los caballos y las irregularidades de su carrera provocan destrucciones cíclicas del mundo, unas veces por el fuego, otras por el agua. Así, dice Dión:

«Generalmente [los caballos del carro], prosiguen en paz y amistad sin sufrir daño unos de otros. Pero en una ocasión,

⁶² A. Hultgard, «Persian Apocalypticism», en *The Encyclopedia of Apocalypticism*. Vol.1, New York, 1998, p. 73: «The final destruction of evil and the bliss of the renewed world is also briefly touched on».

después de tan largo lapso de tiempo y tan numerosos ciclos, cayó de lo alto un fuerte resoplido del primer caballo, particularmente fogoso, que calentó a los demás, y de manera más violenta, al último. El fuego quemó no sólo sus propias crines, de las que se sentía especialmente orgulloso, sino también el mundo entero» (*Or.* XXXVI, 47).

Dión dice que el mito lo «cantan los magos en las ceremonias secretas de iniciación (*apórretoi teletai*)» (*id.*, 39). Dichas ceremonias sólo pueden tratarse de los misterios de Mitra cuyo culto estaba en época de Trajano muy extendido en Asia Menor pero también, como hemos visto, en Roma. Es a este dios al que Dión parece referirse cuando dice que se le dedican himnos «como el perfecto y principal auriga del más perfecto de los carros» (*id.*). Los autores antiguos hablan, en efecto, de los largos himnos de los Magos⁶³. En este discurso Dión expone estas ideas tomadas de los Magos helenizados (o Maguseos) «avec une fidelité insoupçonnée»⁶⁴.

Pero esta idea persa gozaba también de gran aceptación entre los filósofos estoicos quienes creían en destrucciones cíclicas del universo. Dicha doctrina era ya expuesta por Platón —de quien probablemente la toman— en su *Timeo*: «Ha habido frecuentemente muchas destrucciones de los hombres, y las habrá. Pero las mayores lo han sido por el agua y el fuego» (*Tim.* 22c)

El propio Dión compara dicha destrucción de la doctrina irania con el mito griego de Faetón el joven auriga, que comportándose de forma desordenada, prendió fuego a todas las cosas, animales y plantas, imagen simbólica para los estoicos de su *ekpyrosis*.

F. Cumont, sostuvo que los magos helenizados habían combinado sus ideas religiosas con las de la doctrina estoica y que Dión, al entrar en contacto con alguna de sus comunidades, debió de sorprenderse al ver sus propias ideas expuestas bajo el velo de las alegorías poéticas⁶⁵.

Pero Dión, siguiendo a los magos, distingue el incendio y la inundación que de forma más o menos periódica destruyen la superficie de la tierra de la «destrucción del universo entero» (XXXVI, 50) que se producirá cuando los tiempos se hayan cumplido. Los Magos enseñaban que Mitra descenderá a la tierra para hacer correr un río de fuego con el que

⁶³ Her. I, 132; Estrab. XV, 3, 14; Catul. 90, 5; Luc., *Necyom.* 7.

⁶⁴ J. Bidez-F. Cumont, *op.cit.* (n.56), p. 92.

⁶⁵ J. Bidez-F. Cumont, *op.cit.* (n.56), p. 97

castigará a los malvados. Después, establecerá su reino bienaventurado sobre la tierra y, transcurrido un milenio de felicidad, el universo enteró será aniquilado ⁶⁶.

La creencia mazdeísta de que el mundo sería destruido por el fuego era pues conocida por los Magos durante el Imperio Romano y debió de propagarse con fuerza a partir de la expansión del mitraísmo en época de Trajano. El hecho de que sus contemporáneos, Plutarco y Dión Crisóstomo, la desarrollen con gran atención es suficientemente significativo. Se trata, como hemos visto, de doctrinas que no estaban exentas de elementos caldeos e incluso estoicos, por lo que debieron ser especialmente bien acogidas. No puede sorprendernos que el *Apocalipsis* de Histaspes (revelaciones del dios Mitra a Vishtaspa), en el que también se narraba esta destrucción, hubiera sido condenado —sin que sepamos cuándo— por las autoridades romanas, pues en él se anunciaba la destrucción del Imperio, preludio de la del universo (Justino Mártir, *Apol.* I, 44, 12). Así, a través de Lactancio sabemos que

«Histaspes, que fue un antiquísimo rey de los medos, transmitió a la posteridad un extraño sueño interpretado por un niño: «Que será arrancado del mundo el imperio y el nombre de Roma» (*Inst.Div.*, VII, 19).

La idea de que el Imperio Romano sería el último y que su caída anunciaba el final de todas las cosas era común a la apocalíptica judía y cristiana. La circulación de este tipo de doctrinas apocalípticas parece haberse intensificado en tiempos de Trajano. El *Apocalipsis* de Histaspes, anunciaba que

«La espada recorrerá la tierra arrasándolo todo y asolándolo todo, como si de mies se tratara. El motivo de esta devastación y destrucción será éste: el nombre de Roma (*Romanum nomen*), que ahora domina el mundo —horroriza decirlo, pero lo diré, porque así va a suceder—, será arrancado de la tierra (*tolletur e terra*), el imperio volverá a Asia (*inperium in Asiam revertetur*), y de nuevo el oriente dominará y el occidente será esclavo (*ac rursus Oriens dominabatur atque Occidens serviet*)» (Lact., *Inst.* VII, 15, 11).

⁶⁶ J. Bidez-F. Cumont, *op. cit.* (n. 56), p. 149, n.1.

Se trata de un anuncio especialmente peligroso en vísperas de las campañas emprendidas por Trajano contra los partos (o ya en los comienzos de la guerra). Lactancio menciona la devastación de la tierra, donde reinará la injusticia y la miseria, y una larga lista de prodigios como anuncios de los tiempos anteriores al fin del mundo. Éstos últimos recuerdan a los que hemos examinado para el reinado trajaneo: «Serán destruidas las ciudades desde sus cimientos y caerán, no sólo por asaltos e incendios, sino también por terremotos constantes, inundaciones, pestes frecuentes y hambre perpetua» (*Inst. Div.*, VII, 16, 5). ¿Cómo no reconocer estos signos en los terremotos de Antioquía, Elea, Mirrina, Pitane, Cime, Opunte y Orite, en las inundaciones del Tiber, en la carestía de Egipto? Cuando se anuncia que «vendrá...el verano en invierno o el invierno en verano» (id. VII, 16, 9) cómo no recordar, por ejemplo, «las nevadas fuera de estación» de *Oráculos Sibílicos* V, 37 quizá consecuencia de algún brusco cambio climático durante el gobierno de Trajano?

Por último no debemos olvidar que «el mitraísmo o los misterios de Mitra habrían de ser la avanzada en el Oeste de estas ideas de raíz irania»⁶⁷.

⁶⁷ F. García Bazán, *op. cit.* (n. 54), p. 10.